

de aislamiento de los elementos perjudiciales y dignificando con ella la profesión que aspiráis a coronar.

Provistos de estas armas, yo os aseguro, jóvenes estudiantes, que seréis verdaderos abogados; que llenaréis cumplidamente vuestros deberes de tales; que daréis honra y fama a vuestros nombres, y con ellos al instituto que os formó, a vuestras familias y a la Patria querida que os contará en el número de sus mejores hijos.

Quiera el cielo conceder al Colegio de Nuestra Señora del Rosario, como se lo ha concedido hasta ahora, la gloria de dar a la República, servidores fieles y honrados, amantes de la justicia y verdaderos exponentes de la integridad y del saber.

He dicho.

MANUEL JOSE BARON

27 de octubre de 1923.

LA ILUSION DE PAN

Veva: para ti que sientes la poesía y tienes la pasión de las muñecas de navidad.

I

—Eh, si no es tuya; tan metidita esta mocosita, andáte pa la cocina, so mugrosita, úpa. . . —e Inesita, la rica, la feliz, ponía un gesto altanero a la pobre muchachita de la sirvienta, que se atrevía, a cuatro pasos, a poner sobre su muñeca, unos ojos llenos de luz de deseo y de admiración. Maruchita se quedaba alelada, mirando la linda muñeca, que esa mañana apareció a un lado de la almohadita de plumas, adornada con ricos encajes blancos, sobre la que Inesita ponía su cabeza,

rubia y crespa como un enorme capullo de gusano de seda; plantada, a pocos pasos, quedábase, sin embargo, haciendo pacientes gestos y viendo a través de dos lágrimas gruesas, que no caían de los ojos, toda la gracia y color del aguinaldo de celuloide.

Inesita ponía sobre el muñequero su muñeca y decía unas frases que eran injustas durezas a la muchachita de la servidumbre:

—No es cierto, muñequita, que no querés a esa mugrosa?; sí, porque te ensucia.—Volvíase después a Maruchita:—Andáte, so mugrosita, pa la cocina, metida, cochina. . . , úpa, ladro. . . na.

II

Duérmete mi niño
que tengo que hacer:
lavar los pañales
y hacer de comer.

E Inesita pasóse el final del día cantando esa coplita maternal, mientras la muñeca acostada, ponía sus ojotas azules en el cielo raso y no dejaba de sonreír.

Cuando vino el sueño de la noche, cansada de placer, Inesita puso su enorme capullo de gusano de seda sobre la almohada, y se quedó, con la muñeca entre los brazos, soñando en un juego con los angelitos de Nazaret.

III

Maruchita se había pasado el día mirando la gracia de la muñeca y pensando que, a ella, sin zapatito brillante, no le alcanzaba la fortuna de una tánta dicha. Pasóse con las manecitas sobre el pecho como apretando una ilusión que viera al través de unos ojos apesadumbrados y casi inmóviles. Qué pensaba Maruchita. . . ?

A Paulina, su madre, le anduvo también, todo el día, por el corazón un pesar, y, hasta un odio. . . .

—A usted también, m'hijita, le va a traer el Niño una muñequita.

Maruchita, como si hubiera visto un rayito de gozo y lo sintiera que le alumbraba el corazón, preguntó con una esperanzada alegría:

—Cuándo, mamá?

Paulina no pudo responder. Alzó a su hijita y no tuvo más besos para ella que lágrimas en los ojos.

Y, cuando fue, pues, la noche, Maruchita, sin que Paulina lo sospechara, se llegó hasta el lecho de Inesita, y, suavemente, con delicado tiento, sacó la muñeca de entre las sábanas y fué con ella a su pobre camilla, donde se durmió diciéndole mimos inocentes.

Cuando después de las faenas del horno y limpiezas de la cocina, Paulina llegó a su cuarto, tuvo una repentina sorpresa. Ella no toleraba el mal y pesar de su hija sanado con el bien de *la otra*. No podía, imposible....

Con suavidades de caricia desanudó de los brazos de Maruchita la muñeca de celuloide para restituírla a su dueña. Pero, al ponerla junto a la cabeza de Inesita, le vino repentinamente una idea feliz. Quedamente salióse, de nuevo llevando la risueña muñeca, y frente al horno, conforme al modelo, así delicada y robusta, hizo una linda copia que doró al calor del fuego, hasta ponerle un casi igual color que el del celuloide; y, llena de gozo, pensando el reventar de risa dichosa de su hijita, Paulina le puso sobre el pecho su obra feliz.

IV

Cuando amanecía cantaban los pajaritos, y, Maruchita, corriendo por la casa, entonaba el «Duérmeme mi niño...»

Inesita corrió a ver la alegría de la otra; sorprendida, se acercó lentamente con el corcoveo de una pasión

muy interna, y súbitamente, llena del malévolos placer de los niños de ver al inferior siempre inferior, de sentirse envidiados y no igualados, de quererlo todo suyo, de un salto arrebató su tesoro y lo hizo harinas entre sus manecitas rabiosas.

Paulina vino y mientras consolaba a Maruchita y recogía los añicos, rodaba de sus ojos un callado llanto como si se doliere de la muerte de un hijo.

Ah, porque era su ilusión que se volvía añicos ...

ONEL MARQUEZ

FIESTA DE LA BORDADITA

Viene celebrándose, en el Colegio del Rosario, hace dos siglos y medio.

En ella se ha oído la palabra de los más elocuentes oradores sagrados, la música y el canto de los mejores artistas; la han presidido los arzobispos de Bogotá, desde el maestro fray Cristóbal de Torres, hasta el doctor Bernardo Herrera Restrepo; la han honrado con su presencia las altas autoridades civiles: primeros, oidores y virreyes; después presidentes y legisladores, ministros y magistrados; en ella se han regocijado los alumnos distinguidos de nuestro claustro, cuya lista coincide, en gran parte, con el catálogo de los varones ilustres de Colombia.

Este año la fiesta revistió particular solemnidad y decoro.

Se hizo, en los tres días anteriores, con sumo recogimiento y piedad, el retiro espiritual ordenado por nuestras constituciones. Nos predicó el R. P. Joaquín Emilio Gómez, de la Compañía de Jesús, cariñoso amigo del Colegio del Rosario. La palabra del distinguido je-